

Cursos de verano

BERNABÉ S. ARABIA

Las universidades de verano han nacido de una necesidad pedagógica: mantener el rescoldo de la actividad académica invernal durante el largo estío. En lugares de cuidadosa tradición escolar, como Oxford o Heidelberg, los estudios veraniegos se acompañaban de actividades extracurriculares que iban desde la práctica de juegos y deportes hasta la gastronomía.

En España los cursos de verano vienen de lejos. Baste recordar que el inicio de la guerra civil bloqueó en el palacio de la Magdalena, de Santander, a un nutrido grupo de estudiantes cuyas familias estaban *al otro lado*. La vuelta a casa de los catalanes tuvo que realizarse por barco a través de Francia y fue una peripecia, a juzgar por los testimonios autobiográficos de que disponemos.

Sin embargo, la transformación que a partir de 1980 se ha producido en los cursos de verano ha dado lugar a un fenómeno social que ha desbordado la vieja preocupación por mantener activas las neuronas de los estudiantes. Hoy puede decirse sin vanidad alguna que el número, variedad y calidad de las opciones ofrecidas por las universidades veraniegas españolas no tienen igual en el mundo.

El comienzo de la transición política creó el clima que hizo posible la reaparición transformada de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en su antigua sede del palacio de la Magdalena, en Santander. Raúl Morodo fue nombrado rector en 1980. Eran tiempos de entusiasmo político y cultural. Se creía que todavía quedaba mucho por hacer y, sobre todo, que la tarea era posible. Con la atmósfera política actual hubiera sido imposible poner en marcha un proyecto cultural tan ecuménico. UCD, quizá por su inseguridad interna, quizá por la personalidad de sus líderes, era un partido con una capacidad de variedad ideológica que no tiene el PSOE. Ahora se mide

mucho más. Se pide el carné en muchas de las encrucijadas por las que antes se circulaba a base de ingenio, habilidad o saber. Tiempos aquellos en los que los submarinos navegaban en los mares políticos de UCD. El PSOE descubrió el radar en octubre de 1982 y *el que se mueve no sale en la foto*. Desguazados los ya inútiles sumergibles, los puertos, bien controlados por un diestro servicio de aduanas, acogieron en sus amarres a un creciente grupo de pensadores urgidos por convertirse en intelectuales orgánicos.

La Universidad Internacional Menéndez Pelayo sentó con los vientos propicios de la naciente democracia un modelo -imitado por otras instituciones- que Gustavo Villa-palos, rector de la Universidad Complutense, ha contrastado con la puesta en marcha de los cursos de verano de El Escorial y Almería. Con ello ha cristalizado una oferta cultural que es, sin duda, uno de los mejores frutos de la transición política española.

El éxito de Morodo y su equipo en Santander consistió en actuar de modo coordinado en dos amplios frentes. El primero de ellos no fue sino el académico. En la selección del contenido de los cursos y de los conferenciantes se buscó una mayor flexibilidad con objeto de suavizar la tradicional rigidez, no exenta de autoritarismo, de la Universidad. Al mismo tiempo se dignificó la función docente con unos estipendios nunca vistos por el común del profesorado. Por supuesto, los primeras filas, los profesores doblados de políticos, estaban ya en otro nivel, pero para muchos profesores no numerarios la cantidad cobrada entre conferencia y gastos de viaje más estancia gratis suponía una bendición del cielo. Los directores y secretarios de los cursos recibían un plus. Añádase una novedad de carácter costumbrista, también sin precedentes: el conferenciante podía llevar un acompañante. No se daban indicaciones sobre si dicha posibi-

lidad se circunscribía a cónyuges que hubieran pasado los trámites religiosos o jurídicos que hacen al caso.

El segundo gran frente del modelo educativo al que nos referimos constituyó también una novedad: se consiguió incorporar a los medios de comunicación al quehacer docente. El papel de los periodistas fue decisivo en el proceso de retroalimentación de todo el conjunto. La radio puso el oído y la televisión el ojo. Los grandes diarios del Estado crearon secciones especiales. De este modo, quienes acudían al palacio de la Magdalena se convertían en noticia, y ese hecho hizo que muchos de los protagonistas de la actualidad fueran a los cursos para desde allí lanzar a los cuatro vientos sus opiniones, hallazgos, proclamas o infundios. No puede entenderse la andadura germinal de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo si no se hace referencia a la vida social de la misma. La gastronomía fue el eje central. El agradable y bien servido comedor de invitados ilustres daba lugar a encuentros tanto bien planeados como inesperados. El relax de agradables comidas permitió aproximaciones útiles y placenteras. En el comedor general o en el pequeño bar del palacio la interacción social era también provechosa. El amplio abanico de los excelentes restaurantes santanderinos daba cobijo a grupos deseosos de una mayor discreción o de satisfacer paladares exigentes. Por último -por qué no decirlo- quedaban las discotecas o las copas más allá de la medianoche. Tenían su público.

Los periodistas participaron activamente y, si escogieron con frecuencia al político antes que al científico, también es verdad que contribuyeron con entusiasmo a difundir el conocimiento a través de los medios de comunicación.

Y en esto llegó Gustavo Villapalos para poner en El Escorial los cursos de verano de la Universi-

**«Puede argüir se que a las
puertas de las
universidades de verano
aparcen demasiados
coches blindados o que
alguno llega con la
sombrilla playera al
hombro, pero en conjunto
los cursos estivales ilustran,
relacionan y abren el
apetito cultural.»**

cobre más en El Escorial que en Santander, la comida sea adecuada, el rioja bueno y las audiciones musicales excelentes.

La feliz idea de los cursos de verano ha prendido en diversos lugares. Este año la Universidad Catalana de Verano ha ofrecido en Prada 40 cursos (encuentros, seminarios) para 2.500 alumnos. En Baeza, la Universidad Antonio Machado dio 14 cursos para 750 participantes. En La Granda, Asturias, los cursos fueron siete y congregaron a doscientos participantes. La Universidad del País Vasco preparó cursos, del mismo modo que lo hicieron la Universidad de Cádiz en La Rábida, la Universidad de Zaragoza en Jaca, la Universidad Internacional del Mediterráneo, la Universidad de Castilla-La Mancha en Valdepeñas, la Universidad de Salamanca, la Universidad de Santiago de Compostela, la Universidad de Extremadura, la Universidad de Murcia, la Universidad de Valencia, la Universidad de Alcalá de Henares o la UNED. Puede argüirse que a las puertas de las universidades de verano aparcen demasiados coches blindados, que hay mucho palo de ciego o que alguno llega con la sombrilla playera al hombro, pero, en conjunto, los cursos estivales ilustran, relacionan y abren el apetito cultural. Por algo decía Karl Popper que quería volver el año que viene. No sólo él.

Bernabé Sarabia es profesor de Psicología Social en la Universidad Complutense de Madrid.